

Estudios

TOMO 88

Nº. 466

Luis Alonso Schoekel: SOBRE EL CONCEPTO DE "ADVERSARIOS".

José Balista: ¿ES POSIBLE UNA SOCIOLOGIA RELIGIOSA?

Raúl Guillermo Stocker: LA NOVELA COMO EXPRESION EXISTENCIALISTA.

Alberto Oscar Blasi: EN TORNO DE UNA ESTETICA.

NOTAS: Fernando Boasso: ATAHUALPA YUPANQUI, EL MISTICO DE LA TIERRA; A. O. Blasi: ANTONIO CHIAVETTI Y LA MAGIA DE LA REALIDAD.

COMENTARIOS: Avelino Ign. Gómez Ferreyra: OTRA REVISION DE "REVISION"; Horacio Ignacio Carrallal: EL PROBLEMA LITERARIO EN LA ARGENTINA.

CINE: LA IGLESIA Y EL CINE EN 1954: Oración del Card. Griffin por el Apostolado cinematográfico; Exhortación del Episcopado de los E.E.U.U. a favor de la Legión de la Decencia; La Legión americana de la Decencia frente a una crisis; Alocución de Mons. Leiprecht en la apertura de las Jornadas de Estudios de la O.C.I.C. en Colonia; El cine y la televisión a través del mundo.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS: Alocución del Sumo Pontífice al Consejo de Administración de la O.I.T.; La Iglesia y los trabajadores; Los editores católicos.

BOLETIN DE SOCIOLOGIA.

LOS LIBROS.

Enero - Marzo 1955

BUENOS AIRES

NOTAS

ATAHUALPA YUPANQUI, EL MISTICO DE LA TIERRA

El ser inteligente es una nota específicamente humana —pese al disímulo de algunos...—, pero el ser creador —en sentido lato, claro— es atributo individual, mucho más escaso. El inteligente, si no es creador a la vez, no es original, y su obra pasa con él. Pero el creador, aun sin tanta inteligencia o por lo menos con una inteligencia menos apta para rendir exámenes, permanecerá en su creación, porque su creación es algo de sí mismo, la silueta de un cuerpo vivificado a su imagen por un soplo de vida misterioso, tembloroso y rutilante de su espíritu.

Yupanqui es uno de estos últimos, sobre todo entendido integralmente y no sólo a través de la faceta del pentagrama y las notas de su folklore. En este vigoroso folklorista hay que parar mientes en algo mucho más hondo, más cabalmente siluetado, en algo cuyo perímetro se extiende a la amplitud de un universo, que besa la tierra y hunde en ella sus raíces, orientadas infatigablemente por la añoranza; algo que lucha sin descanso para no ser metafísico y que sin embargo realiza la paradoja de unir lo metafísico con lo físico, precisamente en la medida de lo físico.

Infunde vida a un universo folklórico que es rigurosamente su folklore.

Hay dos grandes tipos de conocimiento y vehículos de transmisión de un ser: conocimiento desindividualizado, abstracto, la idea pura que sólo lleva en su seno la esencia de la cosa; y conocimiento individualizado, concreto, cargado con todas las notas de la cosa que quiera hacer conocer. El primero es claro, transparente y seguro porque es esencial, pero tan transparente e insustancial que no puede ocultar su pobreza; el otro es oscuro, complicado, le cuesta hacerse entender, pero si es captado despliega la polícromía de su manto infinitamente rico.

El conocimiento individualizado, transmite la cosa no en su formación conceptual, sino por su descripción. Ahora bien: para describir un objeto con toda riqueza y plenitud, hay que humanizarlo previamente; no transmitirlo con la frialdad objetiva de la kodak, sino evocarlo a través de las resonancias del alma humana. El alma sale de sí misma, prolongándose hacia el objeto, lo rodea, lo envuelve, penetra por sus poros y después regresa a su primer momento, pero ya no vuelve sola: la acompaña el objeto; el mundo ahora ha nacido en el alma, y la conciencia lo dimensiona con un sentido humano, cuya expresión logra una riqueza que jamás podría obtener la formulación esencial.

Yupanqui así transmite su universo, con la palabra y el sonido, literatura y música. Atenderé casi exclusivamente por ahora a su aspecto literario.

NOTAS

Para verificar su delineado individualizado, se pueden leer (mejor aún sería oír) sus bagualas "Minero soy" y "Baguala del Sembrador"; la canción "Carguita de tola"; leer algún capítulo de sus libros "Canto Indio" o "Cerro Bayo", en especial su capítulo "Otoño".

Su estilo convierte la tierra en una cristalería gigante en la que el sol reventara una sinfonía de colores. No obstante, lo más perfecto literalmente no es su estilo, al que a momentos le falta sobriedad, humildad y simpleza, tentado de hacer literatura (pecado que, cuando se consume, paradójicamente deja de ser literatura), sino la humanización de su universo, por lo rica, recia y suave a la vez, como el mosto de cuerpo, bien fermentado.

El universo-runas es la evocación del señor Yupanqui. Y el universo-runas es el binomio hombre-tierra en lucha por conjugarse y lograr la unidad más armónica, de un ser telúrico que permita afirmar la identidad de ambos términos: "Runas, allpacamascka" (el hombre es tierra que anda).

"El hombre respira, y la piedra permanece inanimada. Pero se desata el viento, y entonces se uniforman las cosas y los seres, formando una sola unidad estremecida; cruje el pajonal, como si fuera el aliento cósmico de la tierra, el pasto-puna tiritas su dorado frío, y se animan en la figura del pastor los flecos de su poncho" ("Cerro Bayo", Peña del Gúdice, Bs. As., 1953, p. 97).

El runas es la clase pobre, proletaria; en el norte andino argentino involucra la casi totalidad de los habitantes. Casi toda kolla, cuya lengua, de frecuentes consonantes explosivas y terminación grave de las palabras, refleja cadenciosamente cierto señorío hecho de profundidad y dolor ancestral.

El hombre andino de Yupanqui es un ser abandonado, olvidado, sufrido, silencioso (vive con 20 palabras diarias), pobre, capaz de infinito trabajo y dolor, sacrificado, solitario, humilde, acorralado, amontonado sobre las piedras, tratado de indio tramposo bruto y haragán; "prisionero de la garra cósmica del cerro"; ama y espera... Este es el aspecto claro, externo, de ese ser evocado sin descanso con densidad y fuerza alucinadora, con la reciedumbre salvaje como su brebaje de las noches de invierno: el alcohol puro con un terrón de azúcar.

Aspecto fundamental como progenitor del problema social. Hay que reconocer la noble resonancia que este problema inmenso encuentra en nuestro folklorista:

"El indio de nuestras montañas es auténticamente un sufrir y un callar gigantescos. Tal vez convenga a las clases "elevadas" explotar líricamente la pena de nuestros kollas. Tal vez convenga tener en casa un buen óleo del chango aguatero, del tocador de quena, del pelador de caña o del domador quebradeño. En las pinturas no se fija el sueldo de esos hombres que dan su vida entera para cuidar la siembra, las ovejas, las haciendas y todo lo ajeno e inalcanzable que tiene la tierra" ("Cerro Bayo", p. 126).

La página es dura; sin embargo hay quien se merece esa página escrita y algo más que página escrita.

La solución que pareció desear el señor Yupanqui cuando escribió su "Canto Indio", viendo como en sueños al kolla con el puño en alto esperando una aurora roja, es deplorable y espero que él mismo la rechazará ahora. Sería demasiado irónico hablar de aurora roja, preanuncio de sol, con sólo recordar el ejemplo de la Europa oriental, donde muchos millones ven el ocaso rojo transformándose en noche sin estrellas.

Pero es evidente que reclama solución. Energica, ni comunista ni pseudo-paternalista con mal pintada máscara de caridad cristiana, sino con la robustez humana de las cosas de Jesucristo que se ríen de lo que quiere ser caridad social sin la base de la justicia social.

Esta es la primera faceta del runa. La otra es interna, menos clara, pero de proyecciones religiosas y metafísicas: "el hombre es tierra que anda".

La Tierra y el Hombre son, en sus cuadros literarios y su música, los personajes de su dramaturgia cósmica. El Hombre está crucificado y abrazado sobre el Cosmos: el Cosmos es el instrumento de tortura para el Hombre, y a la vez un ser amado que lo atrae dulce y dolorosamente. Está transido de una añoranza infinita de algo que su conciencia ignora, algo absolutamente primitivo, plenificador de paz, saclador de la pobre alma desequilibrada por un vacío. Ese algo misterioso, para el hombre andino es la Tierra, la Madre Tierra, la Pachamama. Por eso tiende sin saberlo, oscuramente, a una unión elemental-dolorosa con la Tierra; y esa unión toma carácter de religión, es la religión cósmica del quechua. La posibilidad del diálogo entre Hombre y Tierra funda la profundidad de las epifanías del alma andina; y ese diálogo es precisamente la religión: el kolla arrodillado ante la apacheta (el altar indígena al aire libre) puede exclamar "¡Kusiya, kusiya Pachamama! ¡Madre Tierra, alégame, ayúdame!"

Esa añoranza es un dato universal humano de todos los tiempos, pero puesto más de relieve en nuestros días por el existencialismo. En Yupanqui es evocada en grado vivo; y es explicable, porque su universo de orfandad precipitó la toma de conciencia del fenómeno. Además quizás una experiencia milenaria de la raza, acunada por el ritmo sonoro de los Antí.

Pero si la añoranza es elemento universal ¿qué queda específico de este universo yupanquiano? Un momento: añoranza, sí, común; pero objeto de esa añoranza, bastante original; es decir, que añore la Tierra, y por consiguiente, ese deseo de fusión con ella, con lo elemental cósmico, eso es lo que resuena casi en cada línea y en cada nota de nuestro folclorista. Sea la "Baguala del Sembrador":

“Qué lindo destino el mío
si lluvia pudiera ser.
Besar la tierra sedienta
y entre las piedras correr.

La lluvia tiene un destino
que yo quisiera tener:
el sol la lleva a los cielos
para ser lluvia otra vez”.

Conato doloroso de liberación, su melodía simple, elemental, semeja asombrosamente el canto gregoriano, que se espiritualiza en su esfuerzo vertical como la catedral gótica, en una perspectiva de manos en oración.

Según el objeto o punto de llegada que se asigne a la añoranza, puede ser de **regresión** y de **porvenir**.

Añorar de regresión: Obsinado querer lo primitivo, la infancia de la especie, querer volver cósmico lo biológico; aspirar desde las honduras de la sangre reencontrar la indeterminación primera, desear volver al seno materno de la especie, que subordina al individuo, como si éste sintiéndose de una debilidad congénita, o de una naturaleza insuficientemente constituida, aspirase a disolverse en el ambiente primigenio de la madre.

Esta explicación parece gustarle a mi amigo el doctor Jorge Mom, entre otras razones, por ésta: añorar supone algo previamente conocido, como la patria lejana, etc.; ahora bien: lo más lejana y oscuramente conocido y perdido, es el seno materno, infinitamente protector. Luego, eso simboliza la tendencia telúrica, buscar en el seno de la tierra esa protección.

Añorar de porvenir: es decir, el objeto es algo futuro, el Misterio Divino en oposición al Misterio Cósmico. El alma añora esencialmente, como contingente, el Amparo, el Sostén Absoluto. Sí, pero ¿cómo añorar lo que no se ha conocido nunca, Dios? Porque ese añorar precede a toda filosofía y revelación.

Hay dos maneras de prenocer el objeto de la añoranza: por experiencia de su **presencia** (como el caso de la tierra lejana), y por experiencia de su **ausencia**. Parecería un abuso de la paradoja, pero no es así.

Conocer por su ausencia es conocer por un **hueco**, un vacío y la consiguiente **necesidad** de ser llenado. En la conciencia hay un hueco ansioso de ser llenado (Sartre dice que la conciencia es un agujero en el ser)); más aún, por esencia ese hueco postula el objeto que lo llene; luego en esa ausencia detecto la presencia. Que esto no sea tan claro como la hipótesis del añorar de regresión, concedido. Pero precisamente esta falta de claridad explicaría los muchos puntos de llegada que han creado las diversas hipótesis.

Además de prenocer en la ausencia quizás se dé (bien entendida, en forma de herencia) lo que Jung llama la experiencia y memoria de la especie, en este caso, memoria, añorante del paraíso perdido.

Mas por encima de todas estas posibilidades, hay algo decisivo que me inclina a interpretar este dato universal humano como añoranza del Misterio Divino: es su característica de **ilimitación**, de **infinitud**, a la que no puede satisfacer la protección reportada de nuestra fusión elemental con la tierra, siempre coartada de límites.

Atahualpa Yupanqui casi a cada página de su libro "Cerro Bayo" trasluce la trascendencia del doloroso añorar. Algunos textos sueltos:

"Y a ratos, el canto parece venir de lejos, para tenderse jadeante entre las peñas y convertirse en un camino largo y bueno, donde repican las bestias en el parche **inacabable** de la tierra (pág. 24) ...Y sigue más aún, hacia el abismo de los profundos misterios andinos, o hacia el cielo que es también un **infinito** abismo, extraño y azul (p. 25). La melodía... va desenvolviendo frases de antiguos dolores, de espe-

ranzas eternas, ...luego trepa en espiral, gana las cumbres heladas, y escapa al infinito, hacia la estrella más solitaria del cielo indio (p. 29). Dicen que la vez que estos dos elementos (sol y tierra) vuelvan a entenderse como antes, ...igualar sus destinos y su sentido de eternidad, entonces la felicidad se extenderá por el mundo (pp. 41-42). ... (Se han levantado las apachetas) para que el hombre...eleve sus ruegos pidiendo ayuda, a la Pachamama para vivir y para andar, con la esperanza de que alguna vez la madre del cerro se digne revelar los misterios de la unidad cósmica, alcanzando así la eternidad que ansía el espíritu" (p. 43).

Yupanqui así, sin análisis, en una plasmación concreta es fiel en transmitirnos con toda su plenitud las características de esa añoranza-deseo; y la trascendencia, el rompimiento de los límites cósmicos para internarse en el Infinito, Eterno, Absoluto, es meridianamente claro. Da el dato bruto sin interpretaciones; si diera el segundo paso, ¿se convertiría de místico de la Tierra en místico del Misterio Divino? No lo sé.

FERNANDO BOASSO

ANTONIO CHIAVETTI Y LA MAGIA DE LA REALIDAD

Cuando lo conocí, hace algo más de un lustro, Chiavetti estaba enamorado del mar. Y lo auscultaba minuciosamente en telas de honda sinceridad aunque un tanto imprecisas. A partir de entonces, me fué dado asistir a la sucesiva aparición de tres o cuatro Chiavetti distintos, cada vez más depurados y con más espíritu de aventura. Pero la aventura, en él, es una razonable aventura que no guía el instinto sino la brújula y que, por las dudas no hayan puesto cerca algo que destruya su honrado funcionamiento (como en cierto Verne leído en la edad dorada de los pantalones cortos), noche a noche consulta las estrellas.

A su labor académica —es graduado de la Escuela Nacional de Arte— añadió un progresivo y escrupuloso estudio de los movimientos artísticos contemporáneos en sus idearios y realizaciones, base de su indiscutible autoridad de *connaisseur*, acabadamente demostrada en las galerías de arte que ha dirigido y en las numerosas muestras que ha organizado. Pero la formación del *connaisseur* es poco importante cuando paralelamente, y por los mismos carriles, se ha gestado un artista de la talla de Chiavetti. Este obtuvo, a través de rigurosos procedimientos de análisis y síntesis, un producto personal, un modo personal donde es doble advertir la asimilación de enseñanzas físicas catalizadas por su voluntad de hacer arte moderno pero a la vez estrictamente comunicativo.